

»La venganza del bando de Trujillo
Y de Órgiva el estado sospechoso
Remito al sagacísimo caudillo
Duque de Sesa, fuerte y valeroso;
Que no es pequeña gloria al reyecillo
Dalle competidor tan poderoso,
Ni el debe desdenarse de enemigo
Que emprende y osa contrastar conmigo.

»A la conjuración que se recrece,
Málaga y Vélez-Málaga, á quien toca,
Resistirán muy bien, pues que parece
Está el de Vélez á distancia poca,
Cuya prudencia militar florece,
Y mas, que en este caso le provoca
Amor y obligación de propio estado,
Que son velas y remos al cuidado.

»Al tercio que de Nápoles se espera,
Luego que á vista de Adra en tierra salte,
Le ordenaré que la facion primera
Sea que á Ventomiz furioso asalte
Con orden de milicia verdadera,
Como soldados que han de ser esmalte,
Ejemplo y forma de los menos diestros,
Pues el uso hacer puede maestros.

»Verdad es que me tiene ya impaciente
El ir con pié de plomo y paso lento;
Mas visto que conviene de presente,
Procuró quietar mi pensamiento;
La cura de los males vehemente
No se hace al principio de su aumento;
Limpiar al crudo humor no es bien seguro,
Porque es cortar el fruto no maduro.

»Mas cuando la sagaz naturaleza,
Aunque del accidente repremida,
Se esfuerza, y molifica la crudeza
Que por las venas anda repartida,
La casia y mana se usan con destreza;
La odiosa enfermedad queda vencida:
Tal es, sabios guerreros, la figura
De cuanto por nosotros se procura.

»Al Rey nuestro señor y á su consejo
Les parece llevar este camino,
Para que con mas fácil aparejo
Se cure el frenesi luciferino;
Después todos irán por un parejo,
Todo será rigor fiero y sanguino,
Hasta que la malicia desfallezca,
Y el reino granadino convalezca.

»Por una parte marchará el de Sesa,
El de Vélez por otra, y yo en campaña
Tambien saldré, y en esta santa empresa
Seguir nos ha la flor de toda España;
Entonces, como el agua de represa
Rompe al salir con furia mas extraña,
La dilación pasada suplirémos,
Y á hierro, fuego y sangre lidiaremos.

»Entre tanto la buena diligencia,
El proceder según las ocasiones
Bien se debe fiar de la prudencia
Que ilustra nuestro ser, claros varones;
Con los presidios gran correspondencia,
Gruesas escoltas, buenas municiones,
Caballos de ordinario por las playas,
Espías dobles, diestras atalayas.»

Suspense el alto tribunal estaba
Al proponer del príncipe sabroso,
El cual á las razones aplicaba
Tan á tiempo el afecto poderoso,
Que, no solo su intento comprobaba
Como orador grandilocuo famoso,
Mas con gracia del cielo que tenía,
Amor con las palabras infundía.

Todos los valerosos circunstantes
Con alto aplauso en todo condecienden,
Y dicen que en decretos semejantes
Testigos solamente ser entienden,
Pues los razonamientos elegantes
Del Austria tanto bueno comprehenden;
Mas, como saben cierto que es modesto,
Sin dalle parte tratan lo mas desto.

Mientras esto en la Bética se cuenta,
Volando atravesaba el Perineo,
Con un pliego del Rey á las cuarenta,
Cierta diligentísimo correo;
La Francia pasa hasta la opulenta
Marítima ciudad que por trofeo
Tiene la cueva donde Magdalena
Con lágrimas lavó su culpa y pena.

Allí al de Requeneses detenido
Halló con las galeras, no en el puerto
Por algunos recelos, mas metido
En las Pomas, abrigo áspero y yerto;
Abierto aquel despacho y entendido,
De su rey y señor, el órden cierto
Era que se aplicase fuerza y maña
Hasta poder tomar tierra en España.

CANTO VIII.

El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormenta, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdeña. El de Santa Cruz la rehace y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz.

»Oh mal presago entendimiento humano,
Del hado porvenir oscuro y fuerte!
»Por qué te has de elevar ligero y vano
En la inconstante favorable suerte,
Sin guardar modo ni consejo sano
Que después en el mal puedan valerte,
Ni pensar que á las breves alegrías
Sucedan de pesar prolijos días?

Ni que del dulce peligroso engaño,
Cebado en lisonjera confianza,
Te viene á resultar inmenso daño,
Daño que vence el seso y la templanza.
»Quién hay pues, de sentido tan extraño,
Que extrañe de las cosas la mudanza?
Pues no le es menos propia á cada una
Que dar luz en el mundo á sol y luna.

A los cuales tampoco es permitido
Parar con sus esferas un momento;
Siguen las otras cinco este partido;
El mismo sigue el claro firmamento.
Todo sobre los polos impelió
Obedece la ley y movimiento
De aquel cerco veloz que determina
El curso de la máquina divina.

De quien diversas son las impresiones,
Diversos los efectos y porfías:
El año muda tiempos y sazones,
Varios y desiguales son los días;
Discordia, furor, guerra, alteraciones,
Traban los elementos por mil vías;
No vemos cosa, al fin, á quien no ofenda
Un especial linaje de contienda.

Mas la cruda ambición de los mortales,
No en limite medida ni acabada,
Halló con nueva industria nuevos males
Para una vida corta y limitada;
Casas labró de leños funerales
En region solitaria despoblada;
El agua es su mas firme fundamento,
Y llevadas do quiere el vago viento;

Cuya violencia y animosa saña
Los dos segundos cuartos de la luna
Tuvo al comendador mayor de España
En las Pomas cercado de fortuna.
Bien se lamenta que el tardar le daña;
Todo le affige, todo le importuna,
Y con el pensamiento fatigado,
Esta imitando el mismo mar turbado.

Nunca se vió piloto mas atento
A contemplar los astros, que él estaba;
Ya de Febo el ocaso y nacimiento,
Ya de su hermana el cuerno nivelaba.
Estando un día en este descontento,
Vió una escuadra de velas que pasaba
A Italia, y sabe ser de Juan Andrea,
Mas no es posible que con él se vea.

Royóle el corazón envidia honrosa,
Y dijo con despecho: «¿A cuándo aguardo?
»Qué fin ha de tener mi estado ocioso?
Mi dilatar prolijo en vano tardo.
Navegan otros con sazón dichosa,
Llevando viento próspero y gallardo,
»Y estoyme yo silogizando agüeros
De tímidos y rudos marineros!

»Oh rey de España venerable y pio!
»Cómo imputar podrás mi negligencia,
Tratándome con áspero desvío
Cuando estuviere en tu real presencia?
Y sabe Dios que algún defecto mio
No sabe en este caso mi conciencia;
»Sábelo mi salud, que manifiesta
La grave pena que el tardar me cuesta.

»Id, cómitre, y dad punto á esas galeras,
Encareciendo mucho mi deseo
A los de vuestro oficio, y cuan de veras
Convenga rehusar este rodeo;
Sabed sus intenciones verdaderas,
Que ya estarán conformes, según creo:
»Paréceme que el tiempo se compone,
Y el mar á la partencia se dispone.»

»¿A quién desea que no se le antoja
Conforme á la opinion de su accidente?
»¿Qué parecer contrario no le enoja,
Por mas que le aconseje cuerdamente?
Parte el ministro, y á volver la hoja
Comienzan los demás ligeramente;
Responden no conforme á como entienden,
Mas piensan acertar si condecienden.

»Oh contrapeso grave mal seguro,
Recia pensión impuesta sobre el mando,
El tarde ó nunca oír lenguaje puro
De quien por su interés no esté adulando!
Nublado estaba el cielo, el aire oscuro,
Y el mar tempestuoso amenazando,
Cuando el partir se confirmó por justo
De muchos votos, solo por un gusto.

Y porque la partida desdichada
En aquel trance inevitable fuese,
No se esperó, como es costumbre usada,
Que la primera guardia se rindiese,
Ni que al dejar Diana su posada,
Señas del tiempo en el semblante diese,
Siendo de navegantes observancia
Aun en casos de menos importancia;

Ni siquiera, al tocar otro hemisfero,
Ver en qué aspecto Febo se ponía;
Antes con priesa de siniestro agüero
No esperan á que pase todo el día,
Diciendo que por esto el venidero
La catalana tierra se vería
En hora singular para tomalla,
Y que llegar de noche será erralla.

La seña con tristísimo lamento
Hirió el aire, formando un son doliente,
Cuando la chusma del profundo asiento
Con maña y fuerza arranca el corvo diente,
Las velas altas dando al fresco viento,
Y los remos al húmedo tridente;
Rechinaron las jarcias y ataduras,
Y gimieron apriesa las junturas.

A orza iban cortando el mar undoso,
No sin dificultad, las proas duras,
Y en medio del camino trabajoso
Formaban entre sí varias figuras;
Como al fin del otoño fructuoso
Vemos pasar hendiendo las alturas
Las aves de la Tracia vigilantes,
En este ardid al hombre semejantes.

Después que ya se fueron engolfando
Como ordenaba su cruel destino,
Al claro día el sol tras sí llevando,
La tenebrosa noche sobrevino;
En las cerúleas ondas estampando
Su rostro disformísimo y malino,
Las estrellas cubrió de un negro manto,
Y á los hombres de horror y de quebranto.

Ellos pasaban pues desta manera,
Cuidosos del peligro y del viaje,
Tanto, que cada cual por bien tuviera
Desistir por entonces del pasaje;
Cuando con furia repentina y fiera
Del crudo viento el aspero coraje
Las velas impelió precipitado,
Bramando en son terrible y desusado.

Un lánguido clamor de triste gente
Se levanta en el aire estremecido
Al mismo punto, y en el mar ferviente
Luchan las bravas ondas con ruido;
Truenan los polos espantosamente,
Abrese el cielo en llamas encendido,
Y en los ilustres pechos de varones
Tiemblan los invencibles corazones.

Resuenan voces roncadas y alteradas:
«Amaina, amaina, borda y haz el trece!»
Las velas tesas, desapoderadas,
Resisten á la industria y al deseo,
Y llevan las galeras quebrantadas
Por montes de agua, no sin gran rodeo;
Que ya la quilla toca el hondo suelo,
Ya el garcés se levanta hasta el cielo.

Un desmayo mortal, una agonía,
Un confuso gemir y triste llanto;
La negra escuridad y sombra fría,
Causas y efectos de terrible espanto,
No dejan discurrir la fantasía;
Que turba los sentidos dolor tanto,
Y suele un grave mal, siendo temido,
Mayor tormento dar que padecido.

El viento mas y mas se desenfrena
Con impetu soberbio y horrascoso,
Y hace tal violencia en una entena,
Que arroja el árbol roto al mar undoso;
Estanca la galera, y de agua llena,
La va sorviendo el lago fluctuoso,
Y á los della sepulta, ¡oh caso fuerte!
En el profundo sueño de la muerte.

Otra á par desta padeció al instante
El infortunio mismo y fin prescrito,
Aunque en vano al armada circunstante
Pidió favor en su final conflicto;
Que el agua inexorable resonante
Con eterno silencio selló el grito,
Y hizo de sus ondas homicidas
Un sepulcro comun á tantas vidas.

Otras dos arrebató un torbellino
»Oh despiedad! á suerte compasiva,
Y embistelas en medio del camino
Con furia desigual y rabia esquiva;
En mil partes se rompe el frágil pino,
Y de ambas no escapando cosa viva,
El golpe enorme y último gemido
Causaron un estruendo nunca oído.

No aplacado con esto el viento crudo,
Antes de nuevas furias incitado,
Muchas velas rompió bravo y sañado,
Mucha materia dió á mortal cuidado;
Una galera que sufrir no pudo
Gruesos golpes de mar por el costado,
Quedó hecha ataud oscuro y frio
De aquellos tristes á quien fué navío.

Con su fragata vió la Capitana
A diez y seis mezuquinos marineros
Sorbérselos del mar la furia insana,
Espanciendo alaridos lastimeros;
Mas, yerra mas allí quien mas se afana
En ayudar los tristes compañeros,
Y así, por galardón del buen servicio,
Murieron los cuitados en su oficio.

Viendo el Comendador su perdimiento,
Y encubrir no pudiendo tantos males,
Gimió profundamente, y en acento
Tristísimo sembró querellas tales:
«¡Oh venturoso aquel cuyo tormento
Fenece entre estas ondas fortunales,
Y pagando su deuda conocida,
Escapa libre de tan agra vida!»

» Felice el que consigo junto anega
 Su nombre y fama en el eterno olvido,
 Sin que mas habie del la gente ciega.
 Ni quedar a sus lenguas sometido!
 Y desdichado aquel a quien se niega
 Por su desgracia extrema este partido.
 Y queda para siempre al vulgo hecho
 Subgeto de ignominias y despecho!

» Ay de mi, que esta pérdida y estrago,
 Este hado cruel, esta tormenta,
 Harán mi nombre odioso y aciago,
 Y el mal de muchos quedará a mi cuenta;
 A quien mejor te sirve das tal pago,
 ; Oh mundo injusto! en fin lleno de afrenta;
 Así escarneces a quien mas te trata,
 Aquesto de tus ferias se barata.

» Mas ; oh Rey de lo humano y lo divino!
 Como tú puedes , por los tuyos mira ;
 Alza, Señor, de mi, tu siervo indino,
 El poderoso brazo de tu ira ;
 Templá los elementos, y el camino
 Da fácil a la armada, que ya espira ;
 Condúcenos a tierra deseada,
 Pues es en tu servicio esta jornada.

Oyóle Dios, y concedióle parte
 De aquello que humildemente le pedía,
 Y parte no ; la causa ignora el arte
 Humana, que juzgando desvaria ;
 Llegar con el católico estandarte
 Al noble reino del Andalucía:
 Esto le concedió, mas la bonanza
 Tardó, y hubo peligro en la tardanza.

Iba la hueste pues agonizando
 Por el bravoso mar, que no declina,
 Antes de punto en punto amenazando,
 Fiero presenta la total ruina ;
 El cómitre perplejo vacilando,
 Aunque le pesa, en fin se determina
 De volver el timon al agua y viento,
 Y correr, si es posible, a salvamento.

El curso natural les trujo el día
 (Si acaso dia aquel debe llamarse,
 Que mas por el reloj que le media
 Pudo, que por su luz determinarse);
 La miserable gente que pendia
 De sola esta esperanza de salvarse,
 Cayó de nuevo en tanto desconsuelo,
 Que aun ya mirar no osaba al turbio cielo;

Y como enfermo ya desafiado,
 El cual, viéndose el pie en la sepultura,
 Suele, de puro estar desconfiado,
 Tentar cualquiera peligrosa cura ;
 Así de comun voto fué acordado
 Probar ultimamente la ventura
 Con un remedio tal y tan extraño,
 Que dél se juzgará el temor del daño.

Ropa a la mar, se dijo apenas, cuando
 Se vió un ejemplo vivo de obediencia,
 Que unos cayendo, y otros levantando,
 Sin hacer de personas diferencia,
 Ejecutaron el forzoso bando,
 Y el miedo espoleó a la diligencia
 De suerte, que valieron los metales
 En aquella sazón precios iguales.

Pues aun aquel por quien se pierde el mundo,
 Como raíz fatal de la avaricia,
 Lanzado fué en el piélago profundo
 Por divina equidad de la justicia.
 ; Oh estímulo de guerras furibundo,
 Despertador de fraudes y malicia!
 ; Cuan ricos y contentos nos dejaras
 Si todo para siempre te anegaras!

Los bajeles, cascados y deshechos,
 Algo mejor pudieron sostenerse,
 Aunque ondas con mortíferos despechos
 Les daban nuevas causas de perderse.
 Cual suelen por el mar mostrarse a trechos,
 Cuando los tiempos quieren revolverse,
 Aquellos peees que en las frías aguas
 Saben de amor sentir ardientes fraguas.

Tales á veces las galeras iban,
 No sin contrastes de trabajo inmenso:
 Unos la escasa luz abajo avivan,
 Otros desaguan, otros por extenso
 La brújula contemplan, y restriban
 Sobre la carta; y el compás suspenso,
 No pueden resolverse a que paraje
 Se hallan, por la priesa del viaje.

Uno dice á Menorca, otro á Cerdeña,
 Cual á Mallorca, y cual á Berberia,
 Por la playa ó el puerto que le enseña
 El temor ó deseo que le guia,
 Descubrir piensa; aunque la peor seña
 Que en el dudoso trance se tenia,
 Era que, siendo el viento solo uno,
 Mostraba mas el reino de Neptuno.

Solo maestral feroz y vehemente
 Iba en las bajas velas revestido,
 Mas el salado humor confusamente
 Se intricaba alterado y conmovido;
 O fuese de otros golfos la corriente,
 O exceso monstruoso no entendido,
 Los acosados leños se tragaban
 Mares que encima dellos se topaban.

Tres noches y tres dias anduvieron
 Errando acá y allá entre cien mil muertes,
 Hasta que el sardo reino descubrieron
 Por varias partes con diversas suertes;
 Unos, sin poder mas, al través dieron
 Entre arenales ó penascos fuertes,
 Y en fin, los acabó la naval guerra
 En el regazo de la madre tierra.

Otros, mejores postas aferrando,
 Salvaron los bajeles y las vidas,
 Y de gozo y pesar juntos llorando,
 Tomaron las riberas conocidas,
 Donde al marqués de Santa Cruz hallando,
 Le cuentan las desdichas sucedidas,
 Mas un desastre nuevo se recrece,
 Y es que la capitana no parece.

La cual, aunque en seguro y dulce puerto
 Ya se hallaba, habia milagro sido
 Escapar del error y desconcierto
 Que en el tomar la tierra habia tenido.
 El cómitre en Menorca creyó cierto
 Poner la proa, y con afán crecído
 Cuanto pudo orceó sobre la diestra;
 Tanto, que la dejó á mano siniestra.

Que no la vió al pasar enfrente della,
 Por la alteza del agua incomparable;
 Y así, cuando acertó a reconocella,
 Reconoció el peligro inevitable:
 Allí fué la aflicción y la querrela,
 Allí fué do la gente miserable
 Con lágrimas pidió que ya se diera
 En Africa al través con la galera.

Mas el caudillo generoso y fuerte
 Antes dijo: «Amainad luego a la hora;
 Que torpe vida por honrosa muerte
 Un truco es por quien mucho se atesora;
 Dejad a Dios el cargo de la suerte,
 Y á la Virgen haced interesora;
 Pedid, pedid remedios soberanos,
 Y no refugios viles africanos.»

Apenas se caló la grave entena,
 Cuando el bajel comienza a resentirse
 De popa a proa, y retumbando suena
 Como si todo ya quisiera abrirse;
 El mar vuela por cima, dando pena;
 Su furia no es posible resistirse.
 Rindese el arte a la cruel discordia,
 Y solo se oye a Dios misericordia.

Herido el viento de clamores tales,
 Parece que aplacó su furia insana,
 Y vuelto a los albergues naturales
 Dejó a otro hermano la carrera llana;
 Barriendo pues los términos australes,
 Abrego enderezo hacia Toscana,
 Y de Africa saltando al mar Tirreno,
 Le puso otras espuelas y otro freno.

Y con aliento que les dió la vida
 Saludó los que se iban anegando;
 Volvióles la esperanza ya perdida,
 Su duro afán en gloria conmutando.
 La mayor vela fué al garcés subida;
 Y así, al eterno Padre gracias dando,
 Se fibraron del piélago profundo
 En el puerto mejor que tiene el mundo.

Reservó gran despojo esta galera
 Del importuno golfo de Narbona;
 Pues, demás del caudillo en quien perdiera
 El Rey una dignísima persona,
 Venia en ella aquel en quien se esmera
 La generosa sangre de Colona,
 Al cual su madre, Roma, testimonio
 Dará del mas famoso Marco Antonio.

Porque no turbará en sazón alguna
 Su paz tranquila con armada mano,
 Ni el paso atajará de su fortuna
 Con lazos del amor injusto y vano;
 De la Iglesia será fuerte columna,
 Y triunfar le verá el pueblo romano
 Cuando potente vuelva a sus umbrales
 Con los despojos ricos orientales.

Tambien el de Padilla aquí venia
 Y don Miguel que llaman de Moncada,
 No menos claro por su valentía
 Que por estirpe ilustre y señalada;
 Deste el valor, el punto y cortesia,
 La fama, hasta el cielo levantada,
 Eternamente irá solemnizando,
 Su ingenio y su prudencia no olvidando.

No sabe el mundo dar placer cumplido,
 Ni mal que bien se acabe sin la muerte,
 ; De qué sirve a Menorca haber venido
 Estos varones de tan alta suerte,
 Si todo el resto juzgan por perdido
 En la tormenta, que aun se muestra fuerte,
 Si no ven rastro de galera alguna,
 Y ven que permanece la fortuna?

Sintióse aquel furor de la natura
 Desde los claros reinos nabateos
 Hasta la rica Chile, y en su altura
 Banar vieron sus cumbres los rifeos;
 Atlante retumbó a la fuerza dura
 Y en fin, por cuantas vueltas y rodeos
 Aguas del mar están sobre la tierra,
 Se hizo conocer la esquiva guerra.

Mas, como la congoja es al reposo
 Contrario objeto y perdida enemiga,
 No es posible que el bando generoso
 No halle en el descanso mas fatiga;
 Y así, con tiempo oscuro y borrascoso
 Se ordena que el viaje se prosiga;
 La chusma zarpa el ferro y hace vela,
 El austro sopla y la galera vuela.

Vuelan tambien los tristes pensamientos,
 Que impele la aspereza del cuidado,
 El cual hace los ojos ir atentos,
 El mar atalayando alborotado,
 Por ver si la violencia de los vientos
 Algun bajel trujese desmandado
 Que de la armada rota acaso fuese,
 O nueva alguna della les trujese.

Mas nunca aviso tal les sobrevino,
 Ni al pasar por Mallorca helicosa,
 Ni en todo lo restante del camino
 Que no fué causa poco sospechosa;
 Mas ¡ay! del ancho reino cristalino
 La region se descubre poderosa,
 Que en letras, armas y virtud florece,
 Y en religion cristiana resplandeece.

Ya con templado viento favorable
 Van a dar fondo al catalano suelo,
 Renovando el desastre lamentable
 Que anegó a Egeo en pena y desconsuelo,
 En tanto allá en Cerdeña el memorable
 Marqués de Santa Cruz con alto celo
 En reparar la armada hizo cosas
 Bien dignas de sus obras valerosas;

Mudó de parecer primeramente,
 Como aquella ocasion lo requeria,
 Y a su cargo tomó la armada y gente
 Que del furioso mar sobrado habia,
 Y con favor de Dios omnipotente,
 Con maña, con industria y con porfia,
 Suplió, ordenó y sostuvo en aquel medio
 Faltas que parecían sin remedio;

Tanto, que de los leños destrozados
 Galeras hizo que servir pudiesen;
 Proveyó de vestidos los soldados,
 Y dióles armas para que lo fuesen;
 De ropa los esclavos y forzados,
 Mejor, ó porque así no pareciesen.
 Ya manda recoger la vitualla,
 Ya puesto a punto de partir se halla.

Hecha la seña, apriesa baten remos,
 Y tópanse en el puerto con las palas,
 Como al salir de cueva ver solemos
 Palomas azotarse con las alas,
 Y así como después volar las vemos
 Plácidamente a las etéreas salas,
 Nuestros bajeles en el mar abierto
 Fueron entrando con mayor concierto.

De rosas y jazmines la mañana
 Su corona mostró resplandeciente,
 Y comenzó a ilustrar la vista humana
 Que la noche confundé gravemente;
 Cuando la isla en que la capitana
 Habia tomado tierra ven presente,
 Y della toman lengua de qué estado
 Tenia y qué derrota habia tomado.

Lo cual sabido, siguen sus pisadas,
 Atravesando hácia Barcelona,
 Aunque hubo opiniones porfiadas
 Sobre el caso de mas de una persona,
 Diciéndole al Marqués que las pasadas
 Desgracias del naufragio por sí abona,
 Si a Málaga derecho va, y empuña
 La espada sin tocar en Cataluña.

Y que puesta en un fil la cortesia
 Con toda otra cualquiera circunstancia,
 De peso y de momento las venia
 Del hecho valeroso la importancia,
 Y que la armada con la infanteria
 Traida por su industria y vigilancia
 A puerto de salud, no era decente
 Que otro en ella mandase libremente.

»No estoy, dijo el Marqués, necesitado
 De cargos inquirir por los cabellos,
 Ni me tiene tan mal desengañado
 El derecho que tengo a pretendellos,
 Que procurallos deba de prestado,
 Pues justamente suelo poseellos;
 A mi rey serviré en los que me diere,
 Y sin ellos, si dello le plaguere.

»En especial que no es de caballeros,
 Antes acto villano prohibido,
 En los adversos casos lastimeros
 Affligir al enitado y affligido.
 Con esto los amigos lisonjeros
 Se remitieron al mejor sentido,
 Y la armada, siguiendo su camino,
 Tanto pasó, que á Barcelona vino.

Donde el Comendador enfermó estaba,
 O fuese del trabajo y descontento,
 O por ser hombre, que esto le bastaba
 Para ser de miserias aposento;
 Mas bien es de creer que le aquejaba
 Grave cuidado, pues con el aliento
 Que recibió de ver llegar la gente
 Convaleció del todo facilmente.

Mas el de Santa Cruz con sus galeras
 Vuelve hácia las islas Baleares,
 Y de allí por las italas riberas
 Discurre, asegurando aquellos mares
 De los cosarios, que las primaveras
 Salen de Argel, abismo de pesares,
 Pues no pudo de Carlos la ira y sania
 Librar de tal vestiglo nuestra España.

Don Luis, acortando dilaciones,
Con traza que jamás se vio mas presta,
Hendió con los agudos espolones
El mar hacia el balcón do el sol se acuesta;
Marco Antonio por justas ocasiones
A la corte real el paso apresta,
Y los demas al remo granadino
Van a servir de Carlo el hijo dino.

Las tierras dejan á la mano diestra,
Que el huido Sertorio anduvo errando,
Después que, desdeñado de sinestra
Invidia, á Lusitania fué invocando,
Y á la felice Málaga se muestra,
Que sola está en el mundo conservando
Con sencillez humana aquel decoro
Que tanto ennobleció la edad del oro.

Cubrió la sombra de tiniebla el suelo,
Y al cielo matizó de hermosura;
La armada navegaba en presto vuelo,
Apenas de las ondas bien segura,
Hasta que la deidad del sacro Delo,
Mostrando cada cosa en su figura,
Dio lugar á que en Adra la nombrada
La tierra se tomase deseada.

Mas bien de sus trabajos los soldados
Y pasado naufragio eran testigos,
Mostrando en los semblantes congojados
La pena y compasión de los amigos,
Con los afanes propios y cuidados
De verse dentro ya en los enemigos,
Los cuerpos fatigados y dolientes,
Si bien eran sus animos valientes.

Mas como el hijo de la dura tierra,
Tocando en ella el pié prevalecia
Cuando el vigor hercúleo mayor guerra
En la trabada lucha le hacia;
Así los nuestros, puestos en la sierra,
Donde mayor morisma concurría,
De esfuerzo fuerza y de virtud victoria
Sacaron, mereciendo fama y gloria.

Pues, como Requesenes ya tenia
Nueva de Ventomiz y su alzamiento,
Y de que por la hoya y la jarquia
De Málaga podia en un momento
Continuarse con la serranía
De Ronda, no sin grave detrimento,
Al punto despachó al fuerte Moncada
Que á su alteza hiciese una embajada.

Así á hacelle oferta y homenaje,
Como á pedirle fuese cometida
Aquella empresa por merced y gaje
Que resultase de la bienvenida.
Fuéle al señor don Juan grato el mensaje,
Así porque á su gusto era medida,
Como por el amor que verdadero
Tenia al elocuente mensajero.

Y así, después de habelle acariciado
Con benévolo y dulce acogimiento,
Y habelle muchas cosas preguntado
Del áspero y cruel acaescimiento,
Le concedió licencia, y el recado
Conforme á su deseo y pensamiento.
Volvióse, y el caudillo, que esperaba
Tal nueva, ya sus gentes aprestaba.

Holgó en extremo cuando supo cierto
Ser dueño de la suerte peligrosa,
Para aspirar por ella al dulce puerto
De la victoria, á nobles gloriosa;
Y mas, que en el rebelde desconcierto
Facion tan ardua ni dificultosa
Nunca se había hasta allí ofrecido
En todo cuanto había sucedido.

Gran multitud de moros se juntaron
En un monte que llaman Frigiliana,
Cuya alta cumbre mas fortificaron
Que parecia posible á gente vana;
Tres cabezas de nuevo levantaron
Para su amparo y sedición tirana,
El Garra fuerte, el Melitú ambicioso,
Y ese Benaguacil presuntuoso.

Fué sentencia comun y voto-expresso
Que ni templo ni imagen se ultrajase,
Y que contra cristianos el exceso
De prender ó matar no se pensase;
Mas nunca se esperó mejor suceso
De ver que esta pasión se disfrazase,
Antes el proceder con artificio
Daba al recelo causa y mas indicio.

Rebelion, eiletos, fortaleza,
Armas, pertrechos, vitualla á punto,
Con apariencias de legal firmeza;
¿Quién vio mas discordante contrapunto?
Sin duda la malicia y la destreza
Estuvieron aquí mas en su punto,
Y mas tiró el disignio aquí la barra
Que en la disolución de la Alpujarra.

Pues que pretenden con igual dolencia
Ser mas capaces de favor y ayuda,
No solo de su torpe descendencia,
Mas de cualquiera remembranza eruda,
Y por tener propicia la clemencia
Cuando la suerte á su deseo no acuda,
Y acomodando el tiempo á su provecho,
Tener á guerra y paz mejor derecho.

Mas porque nada bien se les concierte,
Iban marchando ya vuestras banderas;
Ya estaba la avanguardia al pié del fuerte,
Mirando sus traveses y troneras.
Deste reconocer tocó la suerte
A un caballero plático en las veras;
Su nombre don Martín es de Padilla,
Su padre adelantado fué en Castilla.

Ninguno de los que hoy ciñen espada
Puede alabarse de mejor soldado,
Ni tiene su intencion mas bien probada
El que mas su persona ha señalado.
Ya la falda del monte rodeada
Estaba del ejército esforzado,
Que para arremeter orden traía
Del general prudente que le guía.

Don Pedro de Padilla por la frente
Que emprenda la subida se le manda,
Y al de Cardenas, digno descendiente
De los ilustres condes de Miranda,
Acometer con parte de la gente
Le toca al mismo tiempo por la banda
Que el monte escabrosísimo confina
Con la ribera estéril y marina.

Por la otra parte don Martín habia
De guiar su escuadron con fuerte brazo,
Y por la que mas agra parecia,
Arévalo que llaman de Suazo,
Noble en sangre y famoso desde el dia
Que en Ventomiz la guerra dió embarazo,
Pues le vió en pelear bravo y robusto
Málaga, que en regir le halló justo.

La ronca trompa del sangriento Marte
Hizo horrible señal de arremetida,
Cuando se comenzó por cada parte
A caminar por la aspera subida.
¿Quién bastará á explicar la fuerza, el arte,
La viva priesa y colera encendida
Con que vuestras escuadras se apresuran
Al asalto difícil que procuran?

Están los moros puestos á la mira
Sobre sus baluartes y muralla;
Cuál encára arcabuz, cuál pone vira
En el arco que apresta á la batalla.
Agora, Olimpo, tu favor me inspira
Para que recontar pueda sin falla
Deste conflicto el desigual progreso,
Las muertes, las hazañas y el suceso.

Ya comenzaba el plomo grave y frio,
Que el fuego hace ser veloz y ardiente,
Á mostrar con violencia el pecho impio
De Cimosgo inventor duro, inementente;
Las flechas venenosas, el natio
Peñasco hacen daño juntamente;
Ya van rodando cuerpos por el suelo;
La grita turba el aire y hiere el cielo.

El sitio aventajado del contrario
Hace en los nuestros impresion terrible;
Mas su valor y brio extraordinario
Se extienden hasta todo lo posible.
Don Pedro, despreciando el adversario
Y el orden del caudillo convenible,
Con su gente llegó al fuerte el primero,
Donde se renovó el combate fiero.

El orden habia sido que, por cuanto
Don Pedro por camino mas derecho
Arremetía, y otros entre tanto
Subían por rodeo y mas estrecho,
Se entretuviese á trechos algun tanto
Para que mas seguro fuese el hecho,
Llegando á un mismo tiempo á los sitiados
El impetuoso asalto á todos lados.

O que esté caballero no estimase
El contrario tumulto y aparato,
O que el pecho viril no le dejase
Flema para esperar ni un breve rato,
El, antes que otro alguno allá arribase,
Puso los enemigos en rebato,
Y peleóse tan sangrientamente,
Que la tierra cubrió roja corriente.

Cuál suele de zarzal medio abrasado
La raposa sagaz salirse afuera,
Por medio del combate acelerado
Salió del fuerte un turco de galera,
Que á le reconocer habia entrado
La noche antes que esto sucediera,
Fingiéndose con los moros ir huído,
Mas fué de premios grandes inducido.

Como el ventor enseña con destreza
La parte mas patente en la espesura,
Cuando en medio de espinas y maleza
Piensa el ave inocente estar segura,
Así el scita de aquella fortaleza
Mostró el lugar mas flaco, en coyuntura
Que importó á nuestras cosas aquel dia,
Como al de luz privado, llevar guía.

Don Pedro al punto con discurso claro
Por la otra banda repartió su gente,
Y al prolongar se fué desde el reparo
Enemigo, herida gravemente;
Mas cumpliendo el intento, aunque algo caro,
Forzoso fué que el bando inobediante,
Su fuerza en ambas partes dividiese,
Y á un tiempo á dos peligros resistiese.

Tan cerca estaban ya nuestros piqueros,
Que con las puntas piedras desviaban,
Y por su parte los arcabuceros
Traveses importantes les quitaban;
En esto ya los otros caballeros
Los obstinados moros asaltaban;
Y aunque cansados del camino largo,
No dieron la tardanza por descargo.

Aquí se vió de guerra un bravo encuentro,
Un sanguinoso afán, una lid fiero;
Los unos por vencer á los de dentro,
Los otros por vengarse en los de fuera,
Porfian entre si con tal recuento,
Como si de aquel solo dependiera
La paz universal y el sumo imperio
Del Artico y Antártico hemisferio.

El buen don Juan de Cardenas, herido
De aguda flecha, no pretende cura;
Antes como león embravecido
Su generosa saña tanto apura,
Que no halla aquel pueblo descreído
Para guardarse del parte segura;
Su espada parecia con fiereza
Rayo en el ofender y en la presteza.

Estaba pues la gente ya tan junta,
Que á cuchilladas hay de sangre un Nilo;
Mas como el moro el no herir de punta
Por uso tiene, y ciñe solo un filo,
Por mas que entonces á la fuerza junta
La maña que caber puede en su estilo,
¿Que tienen que ver tardas cuchilladas
Con prestas y mortales estocadas?

Así que en esta forma de pelea
Se les hace ventaja conocida;
Mas tal furia infernal los espolea,
Tal rabia los enciende endurecida,
Que con poca mas suerte se pelea
De nuestra parte en brega tan renida,
Y sucede entre aquellos desconciertos
Ser á un tiempo homicidas y ser muertos.

No callarán mis versos tus loores,
Oh don Martín famoso de Padilla,
Ni del tiempo las vueltas y rigores
Tu nombre bajarán de su alta silla,
Pues en la confusion destos rumores
Mostraste con fineza y maravilla,
Saber de capitán aventajado
Y aceros de bravísimo soldado.

Suazo anduvo allí buen caballero,
Buena tambien de Málaga la gente,
Y la de Vélez, pues entró primero
El fuerte con Arévalo prudente;
Don Pedro por su parte en blanco acero
Armado salta dentro y hace frente;
Don Juan y don Martín, calando el muro,
Ya su valor mostraban claro y puro.

Crece el herirse á diestro y á siniestro;
Saltan espadas hechas mil pedazos;
A cuál le vale en lucha ser maestro,
A cuál la fuerza de los fuertes brazos;
Ya los nuestros con hado algo mas diestro,
Iban rompiendo estorbos y embarazos,
Y la victoria, que neutral estaba,
A la causa mas justa se inclinaba;

Quando, su perdición reconociendo,
Los capitanes moros por la banda
Que mira el maestral, salen huyendo,
Como el peligro urgente se lo manda,
De los suyos dos mil les van siguiendo;
Y así, facilitada esta demanda,
Se concluyó la porfiada empresa,
Rica de prisioneros y de presa.

El número igual de los captivos
Al mismo de la gente fugitiva;
La cual por los desiertos mas esquivos
Hacia el real de Abenhumeya se iba;
El los acoge bien, y los motivos
De su arrogante presunción aviva;
Porque son los mil hombres apurados,
Si bien vencidos van y destrozados.

Es fama que porque estos se salvaran
Los viejos á la muerte se ofrecieron,
Y que para que della se escaparan
La guerra algun espacio sostuvieron;
Los nuestros al alcance se preparan,
Mas dejan de seguille cuando vieron
Que, si no era volar, no habia remedio,
Por la tierra que estaba puesta en medio.

Como al tirar la red los cazadores
Sobre la espesa banda, parte della,
Batiendo los encuentros voladores,
Escapa por los aires hecha pella,
Ellos entonces siembran mas clamores
Por la que vuela, no pudiendo habella,
Que muestras de placer por la que aiea
En los trasmallos, por mayor que sea;

Así, aunque vitoriosos los soldados,
Están por los que huyen desabridos,
Puesto que tambien quedan lastimados
Con gran copia de muertos no venecados,
En cuyos monumentos levantados
Debiera haber blasones, y esculpidos
Epitafios, si en esta edad avara
La fama mas que el oro se estimara.

Y no que de sus nombres aun no halló
Noticia para dalla en mis escritos.
¡Oh error mundano, oh misero vasallo
De bajos intereses y apetitos!
No puedo, ni es razon, disimulallo,
Que por tan varios modos y exquisitos
Un prestado metal se inquiera y precie,
Y que la propria gloria se desprecie.

Avaro triste, que con mano escasa
 Un Tántalo te haces desdichado,
 ¿Sabes de cuanto te valdrá la tasa
 Con que vives ansioso y fatigado?
 Lo que vale la lluvia cuando pasa
 De una en otra á las tejas del tejado,
 Hecha por si conduto cada una
 Para que desperdicie sola una.

Esta manera va de mano en mano
 La inútil carga de los avarientos
 Hasta algun heredero que de vano
 Desipa cuanto tiene á todos vientos;
 No ciegue pues el interés profano
 El buen discurso á los entendimientos;
 Ni por guardar, se hagan á si ultrajes,
 Quizá para el peor de sus linajes.

No alabes que sin orden ni concierto
 El rico patrimonio desperdicia,
 Que el pródigo en su abuso y desconcierto
 Léjos va de equidad y de justicia;
 Mas tiene al menos un consuelo cierto,
 Que no alcanza la misera avaricia.
 Yes, que con ser extremo en si vicioso,
 Limita en algo al medio virtuoso.

CANTO IX.

El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leiva. Al de los Vélez se le des- hace el campo casi sin poderlo remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él.

Naturaleza, madre diligente,
 Gobernada por manos celestiales,
 Armó de la defensa conveniente
 Los brutos y feroces animales;
 Dióles la fuerza, el cuerno, la uña, el diente
 Por armas de su vida principales,
 Correspondiendo con sutil destreza
 A la gran condicion de su fiereza.

Mas al hombre cuya alma es conversable,
 Acogida á razon, dócil, divina,
 Voz y lengua le dió para que hable,
 Juicio capaz de ciencia y de doctrina,
 Para que, amando siempre, fuese amable,
 Teniendo por defensa diamantina
 La virtud, el saber y la prudencia,
 Y la tranquila paz, sin violencia.

Oh infalible verdad mal entendida,
 Y tan costosamente defraudada!
 Oh furia del infierno introducida,
 En la mejor simiente apoderada!
 No solo de los cuerpos homicida,
 Mas de las almas plaga desdichada,
 Eres sin duda tú, insolente guerra,
 Erimnis vengadora de la tierra.

Solas dos cosas tienes por objeto,
 Con que tal vez tu infamia se disculpa:
 Llevar por fin la paz, como alto efecto,
 Que lave las manillas de tu culpa,
 Y ser justa la causa y el conceto
 De aquello que pretenden que se esculpa.
 En los endurecidos corazones,
 La fe enterá de Dios, sin abusones.

Todo lo cual la pretension abona
 Del Austria, y mas el crámen cometido
 Contra la majestad y la corona
 De nuestro rey católico y temido;
 Mas el raro varon de Barcelona,
 En premio del trabajo padecido,
 Los ganados despojos repartía
 Con toda la equidad que ser podia.

Y si á los vivos se mostraba humano,
 No á los difuntos menos piadoso,
 A los cuales con celo de cristiano
 Obsequias hizo, y dió cabal reposo;
 A cuál lloraba padre, á cuál hermano,
 A cuál primo ó amigo virtuoso;
 Mas toda la ciudad y el campo junto
 En general lloraban un difunto.

Del apellido y sangre generosa
 De Sandoval y Rójas emanaba;
 Murió en la primavera deleitosa
 Que de su edad florida resultaba;
 Era su cara de color de rosa;
 El sol en sus cabellos se mostraba;
 Don Pedro se llamó, y con pecho fuerte
 Muriendo, se libró de olvido y muerte.

Málaga de piadosa eternamente
 Aquellos dias confirmó la fama:
 Tanto con los heridos es elemento,
 Tanto en ardiente caridad se inflama;
 Los sutiles tocados de su frente,
 Las sábanas delgadas de su cama,
 Dueñas honradas iban repartiendo,
 A sanidad las llagas reduciendo.

No se tiene vecino por contento,
 Si no cura soldado en su posada;
 Mas ya con el pasado vencimiento
 Quedaba aquella tierra descansada;
 Don Luís se partió luego al momento
 Para tener la costa asegurada
 Y bastecer en todas las marinas
 Con don Sancho las plazas convecinas.

Así la guerra aquí se proseguía,
 Mas el de Vélez, con su campo estando
 En Terque, nuevas cosas cada dia
 De gran dificultad iba probando;
 Pero lo mas que en la ánima sentía
 Era el irse su ejército apocando,
 Sin bastar el castigo por mas que haya,
 Para que mucha gente no se vaya.

Habiendo nuestro rey considerado
 Que esta rebelion en la experiencia
 Mostraba lo mejor sobresanado,
 Y que era peligrosa la dolencia,
 Recelando el furor acelerado
 De Argel, y del Jarife la potencia,
 Si con mayores fuerzas y esperanzas
 Alimentasen mas estas mudanzas,

Mandó llamar á cortes declaradas
 A Córdoba, que está del reino ibérico
 Distantes solamente dos jornadas,
 Y allí hará que tiemblen de su imperio;
 Moverá voluntades desconfiadas
 A la importancia deste ministerio,
 Y dará prontamente á cada cosa
 Calor con su presencia poderosa.

Sabido por España el caso cierto,
 Nació en diversos hombres nuevo brio;
 Ya el jubilado milite y experto
 Quiere volver al viejo desafío;
 Pule y limpia el arnés de orin cubierto
 Por larga paz, y adorna de atavío
 El certero arcabuz y alta celada,
 Renueva el tahélí, dorá la espada.

Abenhumeya en Valor se alojaba,
 Donde sus fuerzas y poder crecían;
 Allí la residencia examinaba
 De los negocios que se recrecían,
 Allí severamente castigaba
 A todos los que en algo delinquían,
 Sin que amistad ó dendo le obligase
 A que un mínimo error disimulase.

Su alteza residia allá en Granada,
 Y el de Sesa con él, porque la tierra
 Andaba en varias partes alterada,
 Y allí importaba el nervio de la guerra;
 Corria su gente bien disciplinada
 El ancho llano y la fragosa sierra,
 Haciendo cabalgadas memorables,
 Aunque tal vez las suertes son mudables.

Porque en el sitio alpestre confiados
 Andaban á deshora inquietando
 Los capitanes moros señalados,
 Escoltas y presidios asaltando;
 El tirano esperaba que sus hados
 Irian por momentos mejorando
 Con los efectos de las embajadas
 Por él á muchos reyes enviadas.

Mas dentro en poco término le vino
 De Argel y de Marruecos la respuesta,
 Y de la gran ciudad que á Constantino
 Fatalmente en su nombre hoy manifiesta;
 Argel responde que estará continuo
 Pronto á favorecerle en su requesta;
 Marruecos que hará conforme viere
 El Turco, que sobre ello acuerdo quiere.

Del Gran Turco la excusa, con la oferta
 Del rey de Argel, admite y agradece;
 Pero del Marroquí la ayuda iucierta
 Blasfemando abomina, y escarnece
 El rey sin reino, y dice que no acierta,
 Antes de seso y de razon carece,
 El hombre que se cree de ligero,
 Pues no siempre el amigo es verdadero.

«Bandos en nombre deste se han echado,
 Creyendo que jamás me faltaria,
 Y agora al menester hame burlado,
 ¡Mal haya el hombre que en el hombre fia!»
 En esto se mostraba escarmentado
 El vano mozo; mas por otra via,
 Temiendo de los suyos la mudanza
 De nuevo acrecentaba su esperanza.

Diciendo que el monarca de levante,
 Aunque entonces resuelto no se hubiese,
 Era cosa imposible que adelante
 Por mil causas socorro no le diese;
 Y que si acaso, por estar distante,
 Tan brevemente á España no viesese,
 El Albayzin sin duda se alzaria,
 Pues ya la Vega á bandas lo hacia.

Esto decia, y no sin fundamento,
 Porque jamás aquel vulgo obstinado
 De pérdida intencion estuvo exento,
 Ni fuera de hacer trato doblado
 Aunque en la ejecucion del mal intento
 No menos á tal hora resfriado
 Se halla, que mortal y arrepentido
 De habello al primer trance diferido.

Entendianse todos con espías
 Que andaban al real yendo y viniendo,
 Creciendo la cautela con los dias,
 Mil máquinas haciendo y deshaciendo;
 Abenhumeya, que por otras vias
 Habia insistido, su tardanza viendo,
 Les escribió una letra encarecida,
 Y aquí por su tenor va referida:

«El rey de los moriseos, poderoso
 Restaurador del reino de Granada,
 Al Albayzin, su pueblo belicoso,
 Salud desea y vida mas honrada.
 Pudiera con razon estar quejoso
 De vuestra negligencia reprobada,
 Tanto, que por castigo os la sufriera,
 Si ya de vuestro afán no me doliera.

«Mas siento tan de veras vuestros daños,
 Que olvido mi rancor por su remedio;
 Duéleme el veros en finales daños
 Sin que abraceis con tiempo el sano medio,
 Y que no os valgan ya por desengaños
 Pobreza, servidumbre, afrenta, asedio,
 Para romper el torpe encogimiento
 Que así os priva del bien y del contento.

«Si os detiene el amor de la hacienda,
 Ya huéspedes crueles gozan della;
 Si la casa y familia, ¿qué contienda
 Mayor que al enemigo ver en ella,
 Soberbio, disoluto y sin enmienda
 Armado de amenazas y querella,
 Y dándoos á sentir con tragos fuertes
 Por una vida triste cien mil muertes?

«Vuestras posadas, que eran monasterios
 De castidad y de costumbres sanas,
 Agora cuevas son de vituperios,
 De osadas desvergüenzas y profanas,
 Acogida de estupro y adulterios,
 De fuerzas alevosas inhumanas;
 ¡Oh confusion terrible y espantosa!
 ¡Oh pena del infierno trabajosa!

«¿Sacaréis fructo alguno por ventura
 De padecer tamañas sinrazones?
 ¿Vendrá tiempo jamás ó coyuntura
 Que os den por la paciencia galardones?
 Primero ilustrarán la tierra dura
 El norte con sus guardas y triones,
 Y antes las plantas poblarán el cielo,
 Que España de vosotros haya duelo.

«A mí os volved, á mí, vivid conmigo,
 Que soy restauracion de vuestros males;
 En mí solo consiste vuestro abrigo,
 Vuestra paz, vuestro crédito y caudales;
 En mí hallaréis rey, padre y amigo;
 Dilaciones dejad perjudiciales;
 Que ya vuestro acertar está en el hierro,
 Y en la mayor tardanza el mayor yerro.

«Y por ser estas causas tan urgentes,
 No alego otras, que son asaz bastantes,
 No os pido las promesas de valientes,
 Ni las palabras que me distes antes,
 Ni aquellos juramentos vehementes
 Que hicistes de serme tan constantes
 En armas, lealtad y en obediencia,
 Cuanto al revés lo muestra la experiencia.

«Pues no sé yo por qué, vasallos míos,
 En caso me ofendeis que así os destruye,
 Y al bien que os quiero y busco dais desvios
 Por seguir todavía el mal que os huye;
 Resucitar debieran vuestros brios,
 Si muerte eterna ya no los concluye,
 Con solamente ver mis escuadrones
 Llenos de varias gentes y naciones.

«Aquí militan fuertes africanos,
 Que saben qué es lidiar desde la cuna;
 Aquí los levantiscos otomanos
 Asisten con su próspera fortuna;
 Armados vienen ricos y lozanos,
 Y traen consigo la creciente luna;
 Gobiérnalos un juicio peregrino,
 Que es Dali, de cualquiera cargo dino.

«Si es bien quebrar palabra y juramento,
 Negar fama y honor, rey, patria y vida,
 Y empresa rehusar, cuyo momento
 Naciones remotísimas convida,
 Vosotros lo juzgad mudando intento,
 O habed la nuestra gracia por perdida,
 Y esta amonestacion por la postrera
 De quien os ama, y vuestra enmienda espera.»

Leida aquella letra y divulgada
 Por todo el Albayzin ocultamente,
 Con lágrimas ardientes fué besada
 Y mas que obedecida interiormente;
 Ordenan que se haga una embajada,
 Y con ella un riquísimo presente;
 A lo cual se ofrecieron, atrevidos,
 Veinticuatro mancebos escogidos.

Ciertos de la instruccion de la respuesta
 Y cargados del rico don, partieron
 En una noche horrible y tan molesta,
 Cual ellos para el caso la escogieron;
 Cuando á los rayos de la diosa honesta
 Menos los del hermano esclarecieron,
 Y mas la exhalacion caliginosa
 A los astros cubrió su luz fogosa.

No sin trabajo, riesgo y aventura
 Llegaron al que rey ellos decían,
 El cual de vellos huelga, y con blandura
 Les pregunta quién son y á qué venían,
 Uno, á quien por mayor desenvoltura
 Los otros veintitres se remitían,
 «Vasallos, dijo, somos de tu alteza,
 Venimos á servirte con firmeza.

«El Albayzin tus piés y manos besa,
 Prostrados de rodillas por el suelo,
 Y ofrece á tu real servicio y mesa
 Este brocado, plata y terciopelo;
 Haciéndote seguro que le pesa
 Mucho mas de que vivas con recelo
 De su fidelidad, que de haber sido
 Sujeto á la miseria á que ha venido.»